

PRÓLOGO

Juan Gómez-Jurado

Este libro me pareció una idea tan buena que decidí degustarlo como el verdadero homenaje a mi ciudad que es: paseando Madrid. Así que me programé veinte peripatéticos paseos a cada uno de aquellos símbolos que se habían elegido, sin renunciar a meandros, atajos y callejeros extras. Haría veinte paseos, uno por día, uno por icono.

El primer día fui, parece lógico, a nuestro Retiro, el sitio donde uno puede sentir realmente que, de Madrid, el lugar lógico al que ir es al cielo. A ese cielo velazqueño que amasan el frío de la sierra y la sequedad de la meseta construyendo nubes que son, más que en ningún cielo, colchones que llaman a la siesta y, otras veces, a cerrar los ojos y respirar hondo su oxígeno de nieve y pino.

Me pedía el cuerpo, desde allí, acercarme a la Puerta de Alcalá, me tentaba, como cuando tienes sed, beberme Madrid de un trago a golpe de pateo, pero el propósito firme era dosificar el placer, así que esperé tántricamente y tan ricamente a que llegara el día apropiado.

Y cuando llegó, me acerqué a ella callejeando el barrio de Salamanca, con sus casas señoriales, sus tiendas pequeñas e intrigantes y sus restaurantes de pelotas de cocido y cecina de caza. Me senté en una terraza frente a la puerta y, como ordenan Ana y Víctor, la miré. Esa puerta abierta, que es tan Madrid, me lleva al año que reinó Carolo, que era expresión que mi madre usaba cuando en la tele empezaba una película muy antigua. Si miro hacia Cibeles la intuyo pretendida por tres palacios: Cibeles, Buenavista y Linares, y asegurada por el Banco de España. Demasiado cerca estaba como para no acercarme a saludar a la señora y embobarme acurrucado a la sombra de un león.

Tuve, de nuevo, que contenerme hasta otro día para alcanzarme a la Puerta del Sol, pero quería verla bien temprano, cuando aún se prepara para ser plaza. Cuando sus personajes de franela aún se están vistiendo, cuando los bailarines desayunan para coger fuerzas, cuando sus tiendas aún huelen a detergente recién usado y a reja por abrir. Ese momento en que la plaza se pone guapa para ser vista por miles de personas hasta altas horas de la noche. Fue como un destello de paz, una hora de calma antes de la batalla, como si el director gritase «¡acción!» desde los tejados y, de repente, la plaza volvió a ser ese kilómetro cero de todos los visitantes, compradores y merodeadores.

El tercer día lo pasé buscando a Chencho sin mucho afán sentado en una terraza de la Plaza Mayor. No era época de puestecillos de pelucas y gorros de reno; lo era más bien de pintores de caricaturas, vendedores de navajas, sombrererías y guiris

haciéndose fotos. Pienso en la paradoja de que yo, toda una vida viniendo aquí, no tengo ni una sola foto. Posiblemente no la tengan ellos con los monumentos de la ciudad de la que quiera que vengan. Me ayuda eso a ser consciente de cómo normalizamos lo que para otros es excepcional. No me hago la foto, pero me fuerzo a ver el espacio de la plaza con los ojos de quien no la conociera y entiendo sus ganas de inmortalizarse ahí.

Mi afán de seguir la ruta marcada por este libro me lleva al día siguiente al Museo del Prado. Ese lugar que, como a las personas que de verdad merecen la pena, no se puede conocer entero de una sola vez. No recuerdo qué día de la semana fui, pero dentro del Prado es siempre domingo. Domingo por la mañana cuando, después de unos picatostes en alguna cafetería de Recoletos, mis padres me llevaban a ver épica, ángeles, historia y, de rebote, desnudos. Salgo del museo y no puedo hacer sino meterme en el botánico a seguir en contacto con la esencia; es ahí donde, en uno de sus bancos, rememoro a Tiziano y a Carlos V a caballo en Mühlberg. Por primera vez, no será la última, rompo mi ley de un lugar al día y pateo hasta Atocha en busca de un buen bocata de calamares que riego con una cerveza fresca, una Mahou, que también es Madrid, una caña que empapa el pan antes de que lo trague. Al fin y al cabo, hoy he ido al Prado y, por lo tanto, es domingo.

Estaba deseando que me tocara visitar la plaza de la Ópera. El día que fui a Sol los pies me mandaban casi por inercia a bajar Arenal y de nuevo tuve que reprimirme, pero al fin estaba frente al Teatro Real sabiendo que a su espalda estaba la **plaza de Oriente**, aunque desde allí no lo parezca, aunque se llegue a ella por callejas que parecen querer despistar a los que no la conocen, la belleza del Palacio Real, el cambio de guardia y un caballo mítico que se congeló alzado sobre sus patas traseras. Me asomo al mirador de la cornisa del palacio y la Almudena, me embobo con el Campo del Moro forzando a mis dioptrías a encontrar en la Casa de Campo las zonas en las que jugué cuando comíamos cerca del lago algunas tardes de verano del ayer. Al día siguiente tocaba paseo largo, así que me fui pronto a casa atajando por la judería y sus casas a la malicia.

El plan de salir de cañas por Latina, Malasaña y Chamberí me permitía saltarme otra norma: la de ir solo, así que apliqué a mi familia y a algunos amigos al plan. Observo a los extranjeros y compruebo que no entienden el verdadero concepto de salir de cañas. La caña es, en este caso, amalgama y centro de una excusa para patear cada calle, entrar en los bares a comer su especialidad —caracoles en este, mollejas en este otro, unas bravas donde conviene— y acompañarla con alguna caña fresquita y bien

tirada, con su crema. Permiten este rito y este maridaje de picoteos excederse ese día un poco en el comer en cantidad, que, por lógica y miramiento, no debe ser mayor que aquel número que nos permita seguir paseando y degustando, cuando se tercién, unos callos entre risas. Se trata, por tanto, de volver a casa comidos, cenados, paseados y reídos. Simple y, ya saben, inolvidable.

Fue al día siguiente, en plena plaza de España, cuando volví a saltarme mis propias normas. Y maté no dos, sino tres pájaros de un tiro. Para ello me fui temprano a la plaza, a hablarles a Cervantes y a Fernán-Gómez, que vivió bien cerca de ella, y a observar a unos personajes de la ciudad que siempre me han fascinado: aquellos que, a las once de la mañana, bien porque trabajan a esa hora, bien porque su alma lo necesita, se limitan a sentarse en un banco con un libro, con un silencio o con un pensamiento. Ignoro por qué a esa hora me fascinan especialmente: me imagino sus vidas mientras los miro con disimulo y, supongo, ellos imaginan la mía cuando creen que no los miro yo.

Digo lo de los tres pájaros porque estaba demasiado cerca de la plaza de los Mostenses como para no comer en su mercado gastronómico entre pescateros con cangrejos vivos y señores que igual te hacen la copia de una llave que te enmarcan una tachuela. Segundo pájaro que me llevó, por consecuencia, a la Gran Vía y a uno de los muchos musicales que allí se representan entre aplausos, sudores y cánticos. Al salir, con los pies juguetones por el *show*, claquéé (o eso pensaba) hacia Conde Duque, hasta otro bar para cenarme unos huevos estrellados que se merecían la estrella de Broadway que me sentía en ese momento. Tres de un tiro, ya ven. Mereció la pena engañar a los pájaros.

Descubrí en mi experimento que Madrid tiene lugares y horas, espacio y tiempo; nada nuevo, pero determinados lugares, como los planos de Indiana Jones, solo se entienden realmente cuando la inclinación de las sombras de una determinada hora del día los muestra plenos. Por eso esperé al declive del día siguiente para acercarme al parque del Oeste y hacer coincidir el crepúsculo con el Templo de Debod. Ahí, solo minutos antes de que aparezca el rayo verde de Julio Verne, las columnas toman su forma perfecta y siente uno, por un segundo, una devoción por Amón que, como el ensueño, desaparece cuando al fin te sientas en la hierba mirando de cara al teleférico, al que, sin duda, hace demasiado tiempo que no te subes.

Decidí que esa semana detendría obligatoriamente la periodicidad hasta que llegase el domingo. Ir al Rastro otro día se puede hacer, claro. Es, de hecho, lo que debes hacer si quieres oler sus almonedas y sus tiendas de cuero con cierta calma. Pero no deja uno de tener la sensación de verbena a medio montar, de pueblo playero en

diciembre. Así que paré hasta el deseado domingo y madrugué ese día para ver montar los puestos y tenerlo todo paseado antes de la hora en que los extranjeros llegan y, más que pasearlo, son empujados de puesto en puesto como una bola de *pinball* hecha de muchedumbre. Los madrileños sabemos esto y les dejamos esas horas del día para ellos mientras nosotros nos bajamos por la Puerta de Toledo en busca de un bar que nos dé paz con torreznos mientras revisamos las compras del día.

Será también otro día, no el domingo, cuando iremos a comprar por la Gran Vía. A una hora temprana en la que puedas sentir que desayunas con diamantes en cada una de esas tiendas acogidas en lujosos edificios que, en otra época, fueron cines o teatros y que tienen como premio extra a aquello que te puedas comprar el seguir permitiendo que disfrutemos de sus arquitecturas de columnas y balcones señoriales para, a compra terminada, introducirnos en la calle Fuencarral hasta el corazón de Chueca, donde, si te lo sabes, puedes tomar algo en un patio interior de corrala tan tranquilo que aparenta ser cosa demoníaca que, a solo unos metros, el trajín de la Gran Vía con su hormiguero de bolsas, taxis y recepciones de hotel nos recuerda que algunas zonas de Madrid son también la ciudad que nunca duerme.

Burla burlando, iban quedándome menos objetivos que cubrir y al día siguiente me planté en la plaza de Sánchez Bustillo para visitar el Reina Sofía. Madrid se iba convirtiendo en mi cabeza en lo que realmente es: un lugar donde las opciones son infinitas. Puede ser tanto el *Guernica* y su guerra como *La ventana abierta* y su paz. Puede ser *La tertulia del Café de Pombo* o ese retrato ingrato y veraz que Dalí perpetró a su querido Luis Buñuel.

Tanto Madrid como tú elijas, tantas miradas como quieras darle. Al salir de allí decidí que tanto alimento para el alma debía compensarse con un buen cocido, y enfilé la cuesta hacia el bendito cine Doré seguro de que, a su alrededor, habría alguna posta de las de Antón Martín que me diera el alimento compensatorio.

Tres paseos me quedaban si quería completar cada hito de este libro y decidí, de nuevo, juntarlos en un solo día imposible de olvidar. A la mañana me acerqué a Legazpi en busca de un chocolate con churros. Sé de las deliciosas churrerías del centro, pero también sé del poder del bar de barrio y de cómo los convecinos se guardan el secreto entre ellos para no ser invadidos cuando tienen un lugar con manjares exquisitos. Alguien me dio el queo de cómo se cuida el churro por aquella zona y, gracias a semejante chi-

vato, pude desayunar gloria con chocolate antes de dirigirme al Museo Thyssen. Línea directa de metro. En este caso fui del placer en el cuerpo a la fascinación del alma. Allí en el museo conocí a una mujer con sombrilla, a Venus, a Cupido y a un arlequín con un espejo.

Me quedaba un paseo más que me guardé para el final por lo mucho que me gusta y porque es otro de los que se hacen más feliz en compañía. De nuevo rebañé a mi familia y me los llevé al estadio a gozar de un derbi. Madrid es también sus estadios; quien lo probó, lo sabe. Aquellas catedrales modernas donde nos juntamos los de aquí y los de allá, los de unos y los de otros, los de colores variopintos a gritarle al deporte, a celebrarnos entre abrazos, a aprender que, en la vida, unas veces toca cara y otras cruz, y a volver a casa llenos de fuego, bien sea de brasero que reconforte o de fogata que emocione. Pensaba, desde luego, volver andando con la felicidad de haber conocido mejor Madrid y con la seguridad de que no llegaré a abarcarlo entero. Escuchando la fuente de San Bernardo volví a pedir una Mahou para brindar por este viaje que, espero, ustedes hagan con este precioso libro bajo el brazo.